

lo más; y del presidio se vuelve... Al suicidarse, este hombre-fiera se impuso la sanción penal que seguramente no le impondrían los tribunales.

Y ¡qué rabioso valor hace falta para suicidarse así, agarrándose al rayo y haciéndose carbonizar por él! Yo creo que en la estadística de las muertes voluntarias no habrá muchas comparables a ésta. Si el rayo estuviese en el suelo, bastaba inclinarse; el gesto de dejarse caer, que es el gesto de la renunciación, era suficiente... Cuando se sabe que se va a dejar la vida, sería presumible que las fuerzas estuviesen agotadas y que las piernas, flacas y temblantes, rehusasen hacer su oficio. Las piernas del tremendo asesino estaban tan firmes y ágiles, que le consintieron trepar por un palo a considerable altura, con ligereza de mico ó de acróbata. Momentos antes, la mano que iba á empuñar el rayo una fracción de segundo, trazaba cartas sin ortografía, pero con la precisión de una factura comercial, recordando deudas, especificando datos y hasta dando señales para confirmar el aserto, enorgullecedor y miserable, de haber obtenido favores de la víctima... Esto, con la guardia civil á los alcances, sin papel, en fragmentos de estraza, y al pie del poste fatal, por el cual iba á realizar su ascensión pavorosa camino del no ser...

En la historia de este criminal hay romance de ciego, quién lo duda; pero hay algo más allá del romance de ciego, y es esa salvaje decisión realizada tan completamente, tan radicalmente, y adoptada de pronto, en la deficiencia de arma con que cortar el hilo vital, de una puñalada tan certera como las dos que recibieron las desventuradas mujeres. Aplicad esta valentía de tigre acorralado á un objeto noble y hermoso, en acción de guerra, en defensa de algo que pudiese embellecer la acción..., y ni Prometeo ni Hércules, fabulosos semidioses, habrían llegado en sus proezas más allá que el artesano madrileño al encaramarse por el poste con las manos tendidas en dirección de la centella mortal.

Al lado de esta tragedia plebeya—que me ha recordado, exagerándolas, las que solía representar la compañía siciliana de Ferrau Aguglia,—palidecen los demás menudos incidentes de sangre: suicidios corrientes, asesinatos que ya miramos como familiares, quimeras y grescas de cada día, la fermentación pútrida de Madrid... Proporcionalmente á la densidad de su población, Madrid es más criminal que París ó Londres, y se explica, porque es más ignorante, más desocupado, más juerguista y menos vigilado que esas otras grandes capitales. Existe en Madrid un contingente formidable de semi-artesanos, que no trabajan de un modo regularizado, serio, constante, según se trabaja en Cataluña; sea porque no encuentran dónde, ó sea, y esto yo he visto prácticamente que sucede, porque si encuentran, les repugna sujetarse á la labor seguida, única que puede salvar á un trabajador de la miseria. Trabajan impulsados por la tiránica necesidad, y así que tienen en el bolsillo del chaleco un duro, interrumpen, con especiosos pretextos que nunca faltan, la continuidad de la tarea, y hasta que le rompen el alma al duro permanecen de asueto. Los lunes es difícil atrapar á un operario: aunque sea sobrio (los hay) y no esclavo del coque, las distracciones del domingo, el absurdo teatro hasta las mil y quinientas (¡qué bien pensado está eso de reglamentar las horas de los teatrillos!), la galantería, los cafés, le han incapacitado para el esfuerzo de voluntad que exige volver á empuñar la herramienta. Aparte del descanso dominical, aprovecha el operario el descanso de un sinnúmero de festividades, algunas de las cuales no son prescritas por la iglesia, sino inventadas por la holgazanería; y el menor suceso, sea del orden oficial ó del privado, basta para cohonestar con él pasajeras vacaciones. Yo conocí este año á un operario (por cierto muy hábil en su oficio) que *vacó* quince días justos porque su mujer había dado á luz. Y se me ocurrió preguntarle, cuando expiró el plazo:

—Pero ¿su señora de usted tuvo fiebre ó tuvo algún retroceso?

—No, señora. Ha seguido desde el primer día tan perfectamente.

—¿No tuvo quién la cuidase? ¿La cuidaba usted?

—No, señora... Ya ve usted, eso no es cosa de hombres... La cuida su madre y una hermana...

—Y entonces, ¿por qué no ha trabajado usted como siempre? Porque en la casa hay una boca más.

—Verdad es... Sólo que por lo de ahora, esa boca tiene la comida lista, y ya ve usted..., cuando pasan cosas así..., los hombres...

De aquí no le sacábamos; los hombres, como nadie ignora, son unos seres rarísimos, que cuando da á luz su hembra, tienen que tumbarse á la bartola...

Tales filosofías predicán á cada instante los que yo llamo semi-artesanos, para tomar dos dedos de luz y marcharse por ahí, á ese planeo entreverado de espectáculos y diversiones baratas, ocupación de medio Madrid la mitad lo menos del año. Si es Carnaval, ¿quién no echa una cana al aire? Si Pascua, ¿va mangué á quedarse sin toros? Si santo del rey, ¿quién no es monárquico? Si hay manifestación ó *meeting*, ¿quién no se precia de republicano? Si hay fiestas, percalina por las calles, batallas de flores, ¿se concibe función sin tarasca? Que llega San Isidro, ¿para cuándo son la alegría y el rumbo, sino para las praderas? Que viene Navidad: aquí del besugo, el morapio, la zambomba, la pandereta, el cantar y el alborozarse... y el pegarse, si cuadra. En suma, si se saca la cuenta de los días útiles de estos operarios mal avenidos con la faena, quizás resulten menos que los días desperdigados y desgranados sin fruto. Un operario gana, por ejemplo, cuatro ó cinco pesetas de jornal—este salario no es de los más exorbitantes en Madrid;—y lo que gana, realmente, son dos pesetas ó diez reales, que no alcanzan para sostener una familia, al precio actual de los artículos de primera necesidad. Dicen que están muy mal, que no les alcanza; sóbrales razón, pero fáltales agregar el cálculo de los días que trabajan efectivamente. Si lo agregasen, se explicaría el fenómeno.

Y se explicaría también, en muchos casos, la criminalidad exasperada, los robos como el que arrebató al honrado, laborioso y desafortunado platero de la Carrera de San Jerónimo el modesto fruto de toda una vida—¡esa sí!—de trabajo incesante, y los atentados como el del *Hojalata*, que al perseguir á la viuda del Rastro, establecida, opulenta en su esfera, lo que perseguía era el capitalito de doce mil duros, con el cual podía pasarse la vida cruzado de brazos. El crimen del *Hojalata* no es nunca el crimen de un obrero constante en el trabajo, convencido de que ha de ganarse el pan, salvado de las sugestiones del vicio por la sencilla aceptación del deber cotidiano. En las poblaciones realmente trabajadoras, los crímenes escasean.

\*\*\*

Leo en los periódicos el fallecimiento de un antiguo amigo, el marqués de Campo Ameno.

Cuando le conocí, no poseía título nobiliario alguno, y era sencillamente profesor en la Universidad Compostelana. Hoy desempeñaba el cargo de vicerector en la Universidad Central, y era persona de alto copete, de posición considerable. En treinta y pico de años, el joven catedrático que en la época agitada que precedió á la Restauración fué un testimonio de cómo se abre brillante carrera al que aplica su inteligencia á tal fin—proceda ó no de modestísima clase,—llegó á cuanto es posible llegar dentro de esa carrera: si no hubiese muerto relativamente joven, el rectorado de la Central le sonreía en perspectiva. D. Prudencio Mudarra no poseía, sin embargo, uno de esos talentos brillantes é indiscutibles; reunía facultades equilibradas, normales, y acaso esto sea el mejor lote que puede traer al mundo un hombre llamado á luchar para vencer en el orden práctico. Cuando el marqués de Campo Ameno comenzaba á hacerse notar y aplaudir por su facilidad de palabra, su lucidez de percepción, su memoria feliz y su erudición no común, despuntaban á su lado otros profesores también jóvenes, dotados de facultades realmente extraordinarias. Uno de ellos, el profesor de Química Laureano Calderón, hermano del ilustre escritor D. Alfredo Calderón, producía el efecto de atesorar la inteligencia más poderosa entre cuantas aparecen en una pléyade intelectual. Sin embargo, el camino andado por Laureano Calderón—á quien arrebató también la muerte en plena madurez—fué senda pedregosa y olvidada: yo le vi en Madrid, en su laboratorio de la calle de Carretas, donde trataba de defenderse y vivir, después de haber estudiado en el extranjero lo más adelantado de su ardua especialidad. Obscuramente arrinconado en una provincia, acabó sus días Augusto Linares, otro profesor del cual se presumía que refrescase los laureles de nuestros grandes naturalistas, aquellos que en las Indias españolas echaron los cimientos de un movimiento científico secundado, pero no iniciado, por los Lamarck y los Buffon. ¿Fué culpa de un fenómeno de inadaptación al ambiente el que estos hombres de verdadero y prestigioso valer ni aun hayan sido conocidos de la generación en que aparecieron? ¿Qué les faltó, para haber influido en ella, en el sentido peculiar de sus trabajos científicos? Lo que sé es que, á los veinticinco años, todo el mundo les pronosticaba cosecha de gloria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue la criminalidad brutal enseñoreada, no sólo de las planas de los diarios, sino de nuestra atención, de nuestras reflexiones (amargas, claro es) y de nuestra sensibilidad, que sólo debieran afectar las cosas bellas y grandes. Así como negamos el estómago á los groseros condumios de las tabernas y figones, así debiéramos negar el cerebro á las imágenes feroces, horribles, de que incesantemente lo pueblan esos relatos análogos á los romances de ciego que en ferias y plazuelas se escuchan, acompañados de la inevitable exhibición de un cartelón embadurnado de almagre y añil, que reproduce las escenas más espeluznantes del drama referido en el romance. ¿Quién duda que la imaginación se perversa; quién duda que las multitudes, saturadas de sangre, barbarie y atrocidad, propenderán á engendrar en su seno monstruos como el «profesor de energía» á quien no debieron llamar de apodo el *Hojalata*, sino el *Placa de blindaje*, ó algo más recio, si lo hay en metalurgia?

Acaso ese hombre, en otras circunstancias, con otra educación, en vez de ser el cobarde asesino de dos mujeres, fuese un héroe. Fundo esta hipótesis en el modo que tuvo de suicidarse, revelador de una presencia de espíritu asombroso, y además, de cierto sentimiento de justicia; porque si en vez de matarse se entregara, á estas horas está comiendo el rancho carcelario, sin el menor miedo al patíbulo, jamás erigido ya para la detestable y vil ralea de jaques y matones feminicidas que una fraseología pseudo-sentimental ha bautizado con el nombre de «criminales pasionales.» El *Hojalata* hubiese ido á presidio, todo